

Pero el hombre, á quien su misma imaginativa le está diciendo, esto va descaminado, aquello iria mejor de este modo, aquel otro medio nos conduciría mejor, y mas pronto al fin, que deseamos, vemos que está inquieto, y la misma disonancia de las cosas, que no puede remediar, ni enderezar, le trahe consumido. Aun no sé si aludió á esto mismo el Eclesiástico, quando dixo: *Agnovi::: quod in multa sapientia multa sit indignatio, et qui addit ad scientiam, addit et dolorem.* Cap. I.

Prueba clara es de que una potencia está bien organizada, quando advierte la disonancia de su objeto. Si alguno no sabe discernir entre el sonido grave, y agudo, luego argüimos que no tiene oído. Si el olfato confunde el olor ingrato con el suave, y apacible, es indicio de que está mal dispuesto. Puntualmente lo mismo acaece con las potencias racionales. Quando el entendimiento no se ofende con la falsedad, sino que la abraza, como si fuera la misma verdad, conocemos que está trastornado; y al contrario quando entre mil proposiciones descubre la falsa, y errónea, venimos en conocimiento de que está bien dispuesta esta potencia. De la jurisdicción de la imaginativa es el inventar trazas, y medios con que conseguir el fin de alguna cosa; ella dice al hombre como se ha de encaminar algun negocio, quando lo que hablamos, ó hacemos dice buena consonancia con el lugar, ó tiempo, y quando no; y últimamente entre muchas cosas juntas encuentra la armonía, ó desproporción de unas con otras. Luego si el hombre pasa por todas estas cosas mal dispuestas, y combinadas de relumbrón, y sin advertir el desorden, ó mal concierto que tienen entre sí, seguramente podemos argüir que carece de imaginativa.

Otro indicio de los que prueban este buen ingenio del hombre, es el ser naturalmente descuidado en el atavío de su persona. Si volvemos los ojos atras para observar la conducta de todos los Capitanes antiguos, hallaremos que el descuido, y desaliño en el traje no es señal ménos característica de un talento militar, que de un ingenio filosófico. Hipócrates para dar á conocer el ingenio de un hombre por señales exteriores, pone entre otras este descuido del adorno, y postura. Un hombre que tiene su imaginativa empleada en cosas levantadas, y de mas alta consideracion, necesariamente ha de hacer muy poco caso de estas baxezas, que solamente pueden entretener una imaginacion mugeril, que no nació para otra cosa. Y no es esta señal tan nueva, que no haga ya mencion de ella Horacio en su arte Poética.

*At bona pars hominum non unguis ponere curat,*

*Secreta petit loca, &c.*

Que esta sea una de las principales señales, que caracterizan al hombre ingenioso, me mueve á creerlo el que Tito Livio, quando pretende retratarnos el ingenio militar de Anibal, se detiene en contarnos muy por menor la conducta exterior de este gran Capitan. El era tan descuidado en su persona, que dormía en la primera cama que encontraba, cubriéndose muchas veces con el capote de un soldado raso para descansar sobre la tierra; acostumbraba su paladar á qualquiera género de comida, y su cuerpo á todas las inclemencias del tiempo. En una palabra, parece que hacia gala de confundirse en todo con sus soldados, y rancheros, menospreciando aquel aleite, y pulidez en el vestido, que á otros tanto les lle-

va la atención, y el tiempo. Si alguno quería conocer entre los soldados quien era el Capitan, solo lo podria saber por las armas, por el valor, y prontitud en echar mano al trabajo primero que ninguno. *Vestitus nihil inter aequales excellens: arma, et equi conspiciebantur. Equitum, pedumque idem longe primus erat. Princeps ibat in certamen: consertó ultimus excedebat. Livius.*

Pensando el Dictador Sila, dice Erasmo en sus Apotegmas, quitar la vida al niño Julio César, estorbábasele sus amigos, diciendo no era justo matar á tan buen mozo. En verdad, respondió él, que vosotros os engañais, pues no conoceis que en éste hay muchos Marios encubiertos. Y sobre esto decia á los Romanos, que se guardasen de aquel niño mal ceñido, porque, como dice Suetonio Tranquilo, andaba siempre desceñido, y desabrochado. *Cavete puerum male præcinctum.* En lo qual, como advirtió Juan Huarte, equivocó Ciceron el ingenio de César, pues como le preguntasen; qué le habia movido á abandonar el partido de éste, y seguir á Pompeyo, respondió: *Præcinctura me fefellit.* Pensaba sin duda el buen Ciceron, que la imaginativa de un gran soldado era como la que se necesita para la Eloqüencia, pero se engañó, porque esta es algunos grados mas remisa. En la oratoria triunfa el Orador de los oyentes con hermosura, y pulidez de palabras, con el ademan, y accion del cuerpo, con lo qual muy bien se compadece el aliño, y adorno exterior de la persona; pero todo esto es tan inutil, é intempestivo en el duro, y áspero exercicio de la milicia, como si uno pretendiese vencer al enemigo con dulces, y halaguenos razonamientos. Se burla tanto de todo esto la imaginativa del Capitan, embebida en cosas

mas levantadas, como el hombre anciano de los juegos, y entretenimientos, que solamente pueden traer embelesado á un niño.

En viendo á un hombre, que se anda componiendo la ropa, y soplando el polvo del vestido; que se ofende mucho de presentarse en público con qualquiera mancha; que gasta muchas horas en aderezarse el cabello con toda igualdad, y simetría; que gasta tocador, y olores para el aderezo de su persona; que se ofende del polvo de los libros quien le lleva á montones en la cabeza, y no acierta á leerlos, si no estan curiosamente adornados, y guardados en armarios exquisitos, á la hora hacemos juicio que tiene un ingenio muy somero, y una índole poco varonil, y que en su produccion anduvo muy equivocada la naturaleza. Luego nos persuadimos que semejantes hombres harian mejor papel en las tablas, ó en un estrado, dando conversacion á las que frisan mas con su naturaleza, que entre balas, y bombas, donde al General su propio ingenio le hace olvidarse de su comodidad, y no se distingue del soldado raso, sino en que debe imaginar mayores trazas, y invenciones con que engañar al contrario. Por esto afeó tanto la antigüedad la afeminacion del Emperador Othon, el que no contento con frotarse el semblante con pan mojado para darle alguna blancura, usaba del espejo, llevándole á la guerra entre los demas instrumentos militares, lo que dió motivo á aquel verso, donde Juvenal zahirió su naturaleza mugeril:

*Ille tenet speculum pathici gestamen Othonis.*

Y á aquellos otros:

*Res memoranda novis annalibus, atque recenti*

*Historia, speculum civilis sarcina belli.*

Un ingenio tan ratero, y una naturaleza tan muelle para ninguna cosa podía aprovechar sino para servir de materia á los trofeos, y victorias de Vitelio, que le derrotó.

Otra de las señales muy ciertas, y ménos equívocas del ingenio de un buen soldado, es ser el hombre reservado, cauteloso, y de pocas palabras. Si en alguna materia puede acarrear gravísimos daños la loquacidad, ligereza, y una índole parlera, es en la práctica de la milicia, la que se ofende sobre manera de la facilidad en descubrir las intenciones secretas, y trazas con que se ha de ofender al enemigo. No sé á qual de aquellos Capitanes antiguos se acercó un confidente suyo para saber de él, quando determinaba levantar los reales. La respuesta fué una agria reprehension de su importuna curiosidad, añadiendo que semejantes cosas debian ir con tanta reserva, que si fuera posible, no las debia saber el mismo General que las pone en execucion. *Si mi camisa*, respondió otro en ocasion muy parecida á ésta, *supiera mis secretos, la quemaria*. El Capitan si quiere no se le malogren sus empresas, con ninguno debe ir de acuerdo en lo que ha de hacer mañana. Comunmente estamos observando que los que mas hablan, son ménos executivos, y que el silencio, y reserva es donde mas trabaja, y maquina una imaginativa feliz. El General que discurrió un buen ardid, ó estratagemata para sorprehender al enemigo, en que estriba la decision de una batalla, no se contenta con haberle encontrado, sino que lo lleva tan oculto, que los mismos soldados que lo ponen en execucion no saben á donde se encamina lo que hacen.

Un hombre, en quien concurren todas estas

señales, y calidades que acabamos de referir, por maravilla dexará de ser afortunado en la guerra. Y si bien Ciceron en la oracion que dixo en pro de la ley Manilia, pone entre las demas condiciones, y señales de un buen General, el que sea afortunado, debo decir con licencia de hombre tan autorizado, que usó de círculo vicioso en esta parte: como si hubiera dicho que una de las señales de un buen Médico consiste en que cure bien, en lugar de decir, qué cosas deben acompañar á los que exercen esta profesion para curar con acierto, que esto quiere decir buen Médico. Así que la felicidad de un General es último fin, y como resultado del ingenio, de la habilidad, de la imaginativa, que se necesita para la práctica de la guerra. Pero el decir que para ser buen Capitan, debe ser afortunado, como dice Ciceron, es explicar la cosa por sí misma, que es un gran pecado en Filosofia: á no ser que nos imaginemos como los antiguos, una deidad vana, y quimérica, que persigue á unos, y favorece á otros; que á este le dá, y quita al otro el acierto para obrar. Esto seria incurrir en un necio paganismo. La fortuna se la fabrica el mismo ingenio del hombre, prescindiendo de que sea bueno, ó malo, rico, ó pobre. El vulgo, que no sabe filosofar, ni indagar las causas de lo que tiene á la vista, quando ve que un Médico sale bien con todos los enfermos, y al otro se le desgracia aquellos, en quienes pone la mano; que uno busca facilmente que comer, y el otro está pereciendo, por mucho que se afane; que unos siempre ganan en los juegos, y otros siempre pierden; que á éste le sale prósperamente todo quanto proyecta, y á aquel no; finalmente que empleándose dos hombres en una misma ocupacion,

y ejercicio, el uno se engruesa, y enriquece, y el otro se arruina, no tiene otra manera de explicar estas suertes tan contrarias, sino diciendo: *este es muy afortunado en todas sus cosas; á aquel otro le persigue la fortuna*; entendiendo por esta fortuna no sé qué cosa distinta, y separada del ingenio del hombre. Si el vulgo supiera levantar mas la consideracion, y filosofar en lo mismo que tiene delante de los ojos, debia decir, que no la fortuna, sino el ingenio es el que á cada uno le es contrario, ó le favorece.

Si vemos algunos hombres que en el juego son afortunados, y otros no; que en quanto ponen las manos les sale con todo acierto, y felicidad, y á otros al contrario; que algunos con poco trabajar lo pasan muy bien, y otros al revés por muy afanados que anden dia, y noche, nunca les luce su trabajo, ni salen de miseria; y por último que quanto algunos hacen ó dicen, cae en gracia á los demas, y otros no, en todo esto, vuelvo á decir, no hay mas misterio, ni otra fortuna, que una buena imaginativa, y cierto tino en saber elegir, y poner los medios oportunos para conseguir el fin, y que le dice al hombre, como ha de encaminar sus cosas para que le salgan prósperamente: y los que carecen de esta potencia, que es la mas mañosa, y diestra en obras exteriores, vemos que son tan desacertados, que todo les sucede al revés de lo que pensaron.

Quando decimos que un Capitan es muy afortunado en los sucesos de la guerra, no queremos dar á entender, que estando él durmiendo en su tienda, se le entren por las puertas las victorias, ó que sin poner nada de su parte, sujete enemigos, gane plazas, y conquiste ciudades, sino que tuvo buen ingenio para discurrir de antema-

no los medios, que le conduxesen al fin. Lo contrario sería atribuir los sucesos, y acaecimientos humanos á una ciega casualidad.

Y supuesto que nos hemos propuesto apurar quanto dé de sí la materia, no será ageno de propósito desmenuzar todas las artes, y medios de que se vale la imaginativa en todas sus obras: para lo qual ocurre la explicacion de una duda, que á muchos trae confusos, sin poder atinar la solucion de ella. Vemos con harta frecuencia, que los hombres malos son mucho mas dichosos, y afortunados, que los buenos en todas sus cosas; hallan muchos medios con que pasar la vida, granjean, y adquieren sin mucho trabajo, miéntras que los buenos, aunque se ataréen, y afanen, y vayan endurendo en lo que ganan, siempre se ven ahogados, oprimidos, y ningun medio de los que practican les alcanza para libertarse de su pobreza, y calamidad. Los buenos por todas partes se hallan atajados; los malos nunca hacen trato ni concierto, en que no saquen muy conocidas ventajas. Y lo que es mas, hurta, y aun rapiña un millon de veces el malo, y sale victorioso; y una vez que el bueno se ponga á ello, hace tan mal aquel oficio, que luego al punto le cogen con el hurto en las manos. Esta diferencia de suertes tan contrarias parece convidarnos á rastrear, si es que podemos, la causa de ello. Y dexando aparte lo ilícito de la obra, admiremos á lo ménos la habilidad con que se practicó, pues aun el mismo Salvador en el Evangelio alaba la astucia, con que aquel criado proveyó á su necesidad defraudando el caudal á su señor.

Viniendo pues al punto cardinal, debemos ahora traher á la memoria, por no repetirlo segunda vez, lo que ya diximos en otra ocasion: es

á saber que el entendimiento es potencia modesta, recatada, detenida, y de mucho comedimiento en todo quanto hace: y así vemos, que los de mas entendimiento son por lo comun mas vergonzosos, y se ofenden de qualquiera sombra de indecencia, y liviandad. Esta potencia, para explicarme en estos términos, no sabe otro lenguaje, que el camino derecho de la verdad, y de la razon, que es su objeto principalísimo. Todo lo contrario vemos en la imaginativa, que es mas resuelta, determinada, desenvuelta, sagaz, inventora, mañera, astuta, y no hay ningun engaño, ni ardid, que ella no discurra. De aquí es, que como los malos obran, y se aprovechan de la imaginativa mas que del entendimiento en sus artes, y trazas, les sale bien en quanto ponen la mano; se precaven, se guardan, y no son cogidos en sus trazas. Al contrario los buenos, que obran con el entendimiento, van siempre mas atentos á lo lícito, y á lo justo, y no saben de tretas, y engaños. Su mismo ingenio les hace que vayan siempre con el corazon en las manos, y no saben apartarse de la verdad; de donde nace, que en sus tratos no sacan tanta ganancia como los malos, á quienes el engaño, y astucia les viene muy natural. Por esta misma razon diximos en otro lugar, que la malicia no es acto del entendimiento, sino de la imaginativa. Aun por eso en sentido de escritura todo pecado se llama *mentira*, y *mentiroso* el que lo comete; que es como si dixera: que el pecado es cierta sinrazon, y apartamiento de la verdad. Aun por esto mismo, que vamos diciendo, llama Jesu-Christo á los malos mas prudentes, que los buenos en sus negocios, y tratos, y esta prudencia significa la sagacidad con que obra la imaginativa. Con lo qual se da

la mano aquella sentencia de San Juan Chrisotomo, que dice, *que aun para pecar se necesita de prudencia*. Luego ser los malos mas afortunados, que los buenos, quiere decir que son mas sagaces, y astutos en lograr sus fines particulares.

Otra de las cosas en que el vulgo admira mas la fortuna del hombre, son los juegos, en los quales al que gana solemos llamarle afortunado, en vez de decir ingenioso, porque tambien en los juegos se conoce el ingenio del hombre. Y por no desviarnos mucho del asunto del presente artículo, pondremos uno que tiene mucho parentesco con el exercicio de la guerra, y por él ya podremos sacar lo que pasa en los demas. El juego del axedrez, y el de damas son un vivo remedo, como todos saben, de una batalla campal. En él observamos primeramente, que los dos jugadores, que son como dos Caudillos, tienen igual número de piezas, que son como dos huestes enemigas, que se van á encontrar. Sucede pues, que teniendo tambien igual situacion, por lo que hace al tablero no hay ventaja de una, ni otra parte. Luego si el uno vence al otro, hemos de buscar la mayoría fuera del juego; quiero decir, que el que tenga mas ingenio, ganará sin duda á su contrario. Y habiendo dicho en otro lugar que el entendimiento nada tiene que trabajar aquí, pues hombres muy entendidos, y sabios, como vemos todos los dias, son vencidos por otros que no saludaron las letras, será bueno que digamos á qué manera de ingenio atribuiremos ésta, y semejantes habilidades.

Lo primero, en que esta manera de diversion conviene con el exercicio de la guerra, es en que allí lo mismo que en ésta, comienzan á desorde-

narse los que pelean, al tiempo de jugar. Lo segundo, en que siempre procura el jugador meterse en campo enemigo ganando terreno, derribando la gente del contrario, y conservando la suya. Lo tercero, que siempre lleve unida su gente para hacer mas empuje, y resistencia. Lo quarto, que el jugador no meta en el campo enemigo ninguna pieza sola, donde la aventure, ó en tal apretura, que se la acorralen sin poder retroceder, ni pasar adelante, que es un lance harto feo, y vergonzoso en el juego del tablero, y que tiene mucho parentesco con las emboscadas, que se estilan en campaña. Lo quinto en que observe muy bien los movimientos de los peones enemigos, y segun ellos seguir, ó no adelante con las jugadas que tenia pensadas. Ultimamente en este juego como en la guerra, ora se pelea de frente, ora por el flanco, á las veces se llevan los peones cuadrados, y otras en forma de cuña; y mas de una vez sucede, que á la manera que un diestro General se dexa herir, y ofender, para que teniendo cebado al enemigo con esta poca ganancia, dé contra él despues con mas empeño, y duplicada ventaja, así tambien el diestro jugador dexa que le ganen un peon, para quitarle dos, ó tres al contrario, y entrar una dama: que es como si dixeramos perder veinte soldados, para colocar un cañon en una altura, con que barrer un esquadron entero. Aquí como en batalla campal hay sus celadas, embustes, falsas acometidas, todo con el fin de entretener, y engañar al contrario. El jugador que tiene en riesgo una dama, y tres peones, piédelos de buena gana, por conservar aquella; que es avisarle al Capitan que no venda su vida á baxo precio, sino que aventure un trozo de gente, á trueque de

poner en salvo su vida, que es la vida de sus soldados. Estos y otros muchos lances hay en las damas, y muchos mas en el ajedrez.

Viniendo pues ahora á determinar el ingenio, que en esto trabaja, decimos que el entendimiento es muy lerdo para estos engaños, y ardidés, que practican los jugadores diestros; y por otra parte aquella colocacion, y figura en que deben estar los peones para vencer al contrario, es una de aquellas cosas que pertenecen á la imaginativa, que es muy astuta para inventar estos engaños, y advertir los que nos presenta el enemigo. Así vemos, que los que lograron esta manera de ingenio para saber disponer bien los peones, y combinar las jugadas, ganan todos los juegos, aunque den al contrario dos piezas de ventaja.

Para que entendamos que el ingenio del hombre se conoce aun en los juegos, baste el observar, que así como el que acabamos de decir es una pintura, y remedo de la guerra; así el de los trucos es una manera de Geometría práctica. Cotejemos sino, brevemente las reglas universales de este honesto recreo con las de aquella nobilísima facultad, y hallaremos, que está ajustada á las leyes rigurosas que ella prescribe. Dos maneras de líneas tiene la Geometría, que son línea recta, y curva: de ellas forma sus ángulos, triángulos, y demas figuras ya regulares, ya irregulares, que tira sobre qualquiera plano. Puntualmente lo mismo observa el jugador de trucos. Unas veces pretende solamente dar á la bola del contrario, quando está descubierta en el plano de la mesa, y para esto describe una línea recta, que es la operacion mas llana ya en este juego, ya en la Geometría. Otras veces tiene oculta con las

barras la bola contraria, y entónces ó la ha de herir tirando su bola por encima de ellas, y describiendo una línea curva, que es jugada muy dificultosa; ó la hiere buscando el ángulo por tabla. Estos ángulos se multiplican mas, ó ménos, segun que las bolas contrarias están mas, ó ménos ocultas, principalmente quando su bola está en tronera. Esto mismo sucede, quando pretende herir á las dos bolas contrarias sucesivamente, y despues al bolillo, que es una de las jugadas de mayor habilidad. Entónces forma el primer ángulo en la primera bola, y el segundo en la segunda. Y sucede mas de una vez, que el diestro jugador, aunque tenga inmediata, y descubierta la bola contraria, va por rodeos para hacer alarde de su destreza, describiendo con la suya un trapacio, ó quadrilátero. En todo lo dicho es necesario, que el que juega tenga una Geometría mental, y su imaginativa observe un compas riguroso, porque á nada que abra, ó cierre el ángulo, que describe, mas de lo justo, errará la jugada; para lo qual debe graduar tambien la cantidad de movimiento, que comunica á su bola, que es cosa no muy agena de la Matemática. Dixe que para todo esto se requiere un ingenio verdaderamente geométrico, y aun añado que mayor; porque el Geómetra no está obligado á formar sus figuras desde un mismo punto, sino que muda el compas, y el lapiz para tirar sus líneas, y buscar la concurrencia de los ángulos, valiéndose de la regla, y otros instrumentos, borrando unas líneas, y tirando otras; nada de lo qual se le permite al jugador, sino que desde un mismo punto ha de describir con un solo golpe sus líneas, ángulos, y figuras, no perdiendo de vista los impedimentos del plano en que juega.

Pero no debemos pasar en silencio un efecto harto comun en los juegos de ingenio, y que se da mucho la mano con aquella primera señal del ingenio militar. Quando estan dos, ó mas jugando á los trucos, axedrez, naypes, y otros semejantes, acaece muchas veces, que á los mismos jugadores, por muy diestros que sean, se les escapan las jugadas mas llanas, y fáciles, que suelen notar, y advertir los que estan mirando, aunque no entiendan mucho del juego. Este efecto raro no dexa de tener alguna dificultad, y por lo mismo que lo vemos todos los dias, desde luego excita la curiosidad de investigar la causa de ello. Para lo qual supongamos primero algunos conocimientos. Al modo que los ojos, aunque esten bien organizados, si les falta la luz, no pueden unirse con su objeto, á este modo la imaginativa necesita de cierta claridad para distinguir las ideas materiales, que estan en el cerebro, y son su propio objeto. Sucede aun mas; que tanto el exceso, como la falta de luz impide á la vista conocer el objeto aunque le tenga presente; y no ménos le oculta á nuestros ojos la mucha, y excesiva claridad, que la obscuridad. La demasiada luz ofusca, y rechaza la virtud de la vista como mas endeble; como un sonido excesivamente grande atruena, y aturde al oido: de donde procede, que los objetos del disco solar se esconden dentro de su mismo resplandor á nuestra vista; y que para mirar un objeto al sol del mediodia, ponemos los dedos á modo de enrexado delante de los ojos para quebrantar y disminuir los rayos de la luz exterior. Los que juegan, ordinariamente llevan miedo de perder, y este mismo miedo, y zozobra anubla la imaginativa, y le quita la luz con que ha de atinar las jugadas. El miedo

(dice Alexandro Afrodisio en uno de sus maravillosos problemas naturales) retira de todas las partes del cuerpo ácia el corazon todo el calor, como se conoce por los rastros que dexa, que son temblor, frialdad, y la palidez del semblante; y al contrario en el corazon, que es la parte, que tira á defender la naturaleza en semejantes lances, notamos una palpitation violenta. Desamparando pues, las partes del cerebro este calor, que es el temperamento que requiere la imaginativa, queda ésta inhábil, y como á ciegas. Así explica Juan de Huarte este efecto en su *Exámen de ingenios*.

A mí me parece, que el no estar en sí la imaginativa para advertir algunas jugadas, no tanto nace de la frialdad en que queda, quanto de sobra de calor, que se le aumenta. El mismo Autor confiesa, y viene muy bien con la experiencia, que este miedo de perder acaece en los juegos de ingenio, y no en los de fortuna; avergonzándose el hombre de una cosa, que arguye falta de habilidad. Segun esto ninguno ignora, que el primer efecto, que causa la vergüenza aparece en el semblante, y no es, como dice Huarte, la palidez, sino al contrario cierto encendimiento de color, que da á entender la pasion de que el hombre se halla poseido, como no obscuramente lo da á entender el nombre de *rubor*. Así vemos, que quando el hombre es cogido en una manifiesta mentira, ó en qualquiera otro acto vergonzoso, que él no quisiera, se le enciende el rostro, acudiendo la sangre á aquellas partes exteriores. Júntase á lo dicho, que la misma zozobra de los jugadores, y el mucho trabajo de la imaginativa en discurrir las jugadas, aumenta mas el calor, y agita los espíritus animales; y aquel

y estos subiendo arriba como es natural, recalcantan el cerebro, y lo mismo que habia de ayudar á la imaginativa en una justa proporcion, la deslumbra, y no la permite ver las mismas jugadas, que tiene delante. Entónces el demasiado calor es para esta potencia, lo que la mucha luz para la vista corporal. Vea sino cada qual lo que pasa por sí mismo despues de muchas horas de juego, y hallará, que tiene como un horno la cabeza. De todo lo qual se infiere, si yo no me engaño, que en semejantes ocasiones yerra la imaginativa no por falta, sino por exceso de calor. Esta perturbacion de imaginativa, y amontonamiento del juicio crece, y se aumenta en aquellos, que son de temperamento mas cálido, sin que esté en mano del hombre el no conmoverse, como en muchos sucede, á qualquier accidente, por leve que sea; moviéndole á esta pasion su misma constitucion natural. Dos horas continuas de especulacion, y estudio no causará el mismo acaloramiento en dos sugetos, á no suponer en entrambos el mismo grado de temperamento, y calor.

Careando pues ahora toda esta doctrina con el asunto principal del presente artículo, decimos, que así como el que juega ve ménos, que el que está mirando, así tambien el hombre quando está sereno, y sobre su mesa obra con mas tranquilidad, que quando está rodeado de los lances, y accidentes dificultosos de la guerra: por tanto hemos asentado, que el que puesto á par del riesgo, se mantiene tranquilo, é imperturbable en la imaginativa, tiene mucho adelantado para el ingenio militar.